



LA ESTUFA DE PORCELANA

NOVELA INGLESA

Es imposible imaginar nada más delicioso que el viejo pueblecillo de Hall, situado en aquella parte del Tirol llamada el Alto Innthal. Todo lo favorece: las verdes praderas, las elevadas montañas, un río que baja directamente de los glaciares, tiendas á la manera antigua con rejas en las ventanas, una iglesia gótica, una torre que desde lo alto de su grandeza contempla el puente de tablas, un viejo castillo convertido en cuerpo de guardia, un claustro con columnas de mármol, tumbas y un calvario colosal de madera tallada.

En esta villeja habitaba, hace algunos años, con su familia, Augustito Strelha, en una pobre casa situada en la plaza irregular de la Iglesia.

Era un mocito de nueve años, sonrosado y mofletudo, con ojos de avellana y cabellos castaños rizados. Su madre había muerto, y su padre era pobre y tenía hartas boquitas que alimentar. En aquel país los inviernos son largos y rudos, y la tierra, durante muchos meses seguidos, desaparece bajo la nieve.

Aquel día, mientras trotinaba para regresar al domicilio paterno llevando una cántara de cerveza en sus manecitas coloradas y entumecidas, parecióle terriblemente fría y triste la noche. No pasaba casi nadie por las calles, porque los vecinos de Hall se acuestan temprano. Augusto no se atrevía á correr por temor de volcar la cerveza. Estaba medio helado y tenía su poquito de miedo, pero se daba ánimos repitiendo á cada momento:—Pronto estaré en casita, cerca del carísimo Hirschvögel.

Llegó por fin á la plaza de la Iglesia, ante la casa de Karl Strehla, su padre. ¡Pobre Augustito! Habíanle enviado por la tarde á un encargo, muy lejos, en el campo. Aquel encargo le había entretenido mucho tiempo, y así, al hacerse noche, imaginóse que le seguían lobos, y se tuvo por dichoso cuando vió por fin las luces de Hall. El gran espanto que había experimentado no le hizo olvidarse de ir á buscar la cerveza, y en aquel momento la llevaba con las mayores precauciones, aunque temiese á cada instante dejar caer la cántara; tan helados tenía los dedos. Cuando llamó en la gruesa puerta de encina, que bien tendría sus cuatrocientos años, abrióse al punto. Entró precipitadamente, y gritó tan fuerte como pudo, en alegre tono:—¡Oh, caro Hirschvögel: si no hubiese pensado en vos, creo que me hubiera muerto de frío!

La pieza donde acababa de entrar con tanto placer era una vasta sala desnuda y vacía, solada de ladrillos, cuya superficie era muy desigual. No había allí otros muebles que un viejo armario de nogal, muy hermoso, una gran mesa de madera basta y algunos escabeles. Pero en un rincón del cuarto, esparciendo desde allí su calor y reflejando también la luz cuando estaba iluminada por la lámpara, erguía una estufa, mejor diríamos una torre de